

EL ÚLTIMO BAILE

Mary Higgins Clark

Agradecimientos

He terminado este libro, mi novela más reciente. Y ha llegado el momento de dar las gracias a todos aquellos que compartieron conmigo sus conocimientos y a quienes me alentaron a lo largo del camino.

A Michael Korda, mi editor, que ha sido mi faro y guía durante cuarenta años. Te mereces todo el agradecimiento del mundo, Michael.

A Marysue Rucci, editora jefe de Simon & Schuster, cuya voz, siempre sabia y experta, me ha acompañado en cada paso del camino.

A John Conheeney, cónyuge excepcional, por escucharme desde hace más de veinte años cada vez que comento con un suspiro que el libro no está funcionando.

A Kevin Wilder, por su gran ayuda al instruirme sobre cómo un detective investiga un caso de asesinato.

A Kelly Oberle-Tweed, por ayudarme a comprender mejor la función de los orientadores escolares.

A Mike Dahlgren, por ilustrarme respecto a cómo actuaría una universidad ante la inminente llegada de un estudiante polémico.

A mi hijo Dave, que trabaja codo a codo conmigo. Gran parte del mérito por esta trama le corresponde a él.

A mi nieto David, que padece el síndrome del cromosoma X frágil. Gracias por servir de inspiración para el personaje de Jamie.

Y por último, claro está, a vosotros, mis lectores, con el deseo de que paséis un rato entretenido leyendo este libro. Que Dios os bendiga a todos y cada uno de vosotros.

Jamie estaba en su habitación, en el primer piso de la pequeña casa estilo Cape Cod de su madre, en Saddle River, New Jersey, cuando su vida dio un vuelco.

Llevaba un rato contemplando por la ventana el jardín trasero de Kerry Dowling. Ella celebraba una fiesta, y Jamie estaba enfadado porque no lo había invitado. Cuando los dos iban al mismo instituto, Kerry siempre se mostraba simpática con Jamie a pesar de que este asistía a clases especiales. Pero su madre le había dicho que seguramente la fiesta era solo para los compañeros de Kerry, que la semana siguiente partirían a la universidad. Jamie, que había terminado el bachillerato dos años atrás, tenía un buen trabajo como reponedor en el supermercado Acme de la ciudad.

Jamie no avisó a su madre de que si los chicos de la fiesta se tiraban a la piscina de Kerry, él se acercaría y se metería en el agua con ellos. Sabía que su madre se enfadaría si hacía eso. Pero cuando Kerry estaba en la piscina, siempre lo invitaba a nadar con ella. Estuvo observando desde la ventana de su habitación hasta que todos los chicos se marcharon a casa y dejaron a Kerry sola, limpiando el patio.

Esperó a que terminara el vídeo que estaba viendo. Decidió acercarse a echarle una mano a Kerry, aunque sabía que su madre no lo aprobaría.

Descendió con sigilo hasta la planta baja, donde su madre estaba viendo las noticias de las once, y avanzó de puntillas por detrás de los setos que separaban su pequeño patio del extenso jardín de Kerry.

Pero entonces advirtió que alguien entraba en el jardín desde el bosque. El desconocido agarró algo que estaba en una silla, se acercó a Kerry por detrás, la golpeó en la cabeza y la tiró a la piscina de un empujón. Luego dejó caer algo a un lado.

No debe golpearse a la gente ni empujarla a la piscina, pensó Jamie. El hombre debería pedir disculpas, o pasar un rato en el rincón de pensar. Kerry está nadando, así que me meteré en el agua a nadar con ella, se dijo.

El hombre no se metió. Salió corriendo del jardín y se internó de nuevo en el bosque. No entró en la casa. Se alejó a la carrera sin más.

Jamie se dirigió a toda prisa hacia la piscina. Su pie topó con algo que estaba en el suelo. Era un palo de golf. Lo recogió, lo llevó hacia la piscina y lo dejó sobre una tumbona.

—Kerry, soy Jamie. Vengo a nadar contigo.

Pero ella no respondió. El chico empezó a bajar los escalones de la piscina. El agua parecía sucia. Supuso que alguien había derramado algo. Cuando notó que el agua le entraba en las deportivas nuevas y le empapaba los pantalones hasta la rodilla, se detuvo. Aunque Kerry siempre lo dejaba nadar con ella, Jamie sabía que su madre se enfadaría si se mojaba las zapatillas nuevas. Kerry estaba flotando en el agua. Él extendió el brazo hacia ella y le tocó el hombro.

—Kerry, despierta —dijo. Pero Kerry simplemente se alejó flotando hacia la parte honda de la piscina, así que Jamie regresó a casa.

Como seguían dando las noticias por la tele, su madre no lo pilló cuando subió las escaleras a hurtadillas y volvió a la cama. Jamie sabía que tenía las zapatillas, los calcetines y el pantalón empapados, así que los escondió en la parte baja de su armario. Esperaba que se secaran antes de que su madre los encontrara.

Antes de dormirse, se preguntó si Kerry estaría pasándolo bien en la piscina.

2

Era más de medianoche cuando Marge Chapman se despertó y cayó en la cuenta de que se había quedado dormida viendo las noticias. Se levantó despacio de su sillón grande y cómodo, entre crujidos de sus rodillas artríticas.

(...)